

# El debate sobre el antisemitismo en EE UU acorrala a las universidades

El Departamento de Educación abre una investigación a una docena de centros

MARÍA ANTONIA SÁNCHEZ-VALLEJO  
Nueva York

Los campus de EE UU se han convertido en la retaguardia de la guerra de Gaza. Las numerosas manifestaciones propalestinas y el ambiente de hostilidad e inseguridad que dicen sentir muchos estudiantes judíos ponen contra las cuerdas a los rectorados, que se debaten entre la protección del derecho constitucional a la libertad de expresión y las presiones de patronos y donantes para que los centros atajen, e incluso castiguen, cualquier manifestación considerada antisemita. La crisis ya se ha cobrado su primera víctima, la rectora de la Universidad de Pensilvania, Liz Magill, que presentó su dimisión el sábado, arrastrando al presidente de la junta de patronos.

En un ejercicio de oportunismo político, los republicanos han visto una oportunidad de oro para arremeter contra los campus, que consideran bastiones de la izquierda radical y de las teorías *woke* (término que usa despectivamente la derecha en EE UU para los movimientos contra la discriminación), pero esta vez han contado con unos aliados insospechados, los demócratas: en cuestiones de antisemitismo, como en lo relativo a la ayuda a Israel, no hay medias tintas y los dos partidos cierran filas, salvo unos pocos nombres del ala progresista de los demócratas. Porque el encendido debate sobre el antisemitismo en los campus no es solo una manifestación más de las guerras culturales entabladas por los republicanos contra sus adversarios; es una cuestión visceral, que la guerra de Gaza ha exacerbado.

Una petición en línea reclamando la dimisión de Liz Magill,

que acumuló 24.000 firmas en pocas horas, fue la puntilla que precipitó la dimisión de la rectora de Penn, como se conoce a la Universidad de Pensilvania, perteneciente a la exclusiva Ivy League. Magill había comparecido un día antes ante el Comité de Educación de la Cámara de Representantes, bajo control republicano, junto con sus colegas de Harvard, Claudine Gay, y el MIT, Sally Kornbluth. Lejos de calmar los ánimos, las evasivas respuestas de las tres mujeres a un interrogatorio inquisitorial de los miembros del Comité aventaron más las críticas.

Congresistas y donantes consideraron que las rectoras se habían puesto de perfil a la hora de condenar de manera explícita llamamientos al genocidio de los judíos en los campus. La amenaza de un donante de Penn de retirar su contribución de 100 millones de dólares, sumada a la petición *online* y a duras críticas del gobernador de Pensilvania e incluso de la Casa Blanca, determinó la dimisión de Magill. La siguiente podría ser la de Gay, pese a que más de 650 miembros del claustro han firmado una carta en contra de su destitución por la junta de gobierno. Los demócratas consideraron el viernes “inaceptables” las respuestas de las rectoras.

En juego, además de ideas irreconciliables, está el millonario presupuesto de las universidades de élite. Pensilvania tiene un presupuesto de 21.000 millones de dólares y Harvard, de 50.000 millones, y la fuga de donantes insatisfechos con la gestión de las protestas por la guerra ha abierto una peligrosa vía de agua. Pero el aumento de las denuncias de incidentes antisemitas también ha



Gay, el día 5 ante el Comité de Educación de la Cámara de Representantes en el Capitolio de EE UU. / W. O. (EFE)

## La crisis se cobra su primera víctima, Liz Magill, rectora de Pensilvania

## Hay acusaciones por infracciones de la ley de derechos civiles de 1964

motivado una investigación del Departamento de Educación que ya alcanza a una docena de centros, entre ellos Harvard, Pensilvania y Columbia, en Nueva York. Todos deberán responder por la presunta infracción del Título VI de la Ley de Derechos Civiles de 1964, que prohíbe la discriminación por motivos de raza, color u origen. Los programas acusados de infringir este título podrían perder la financiación federal. Una de las demandas, firmada por un estudiante israelí de último curso de Penn, afirma que la universidad se ha convertido en “una incubadora del virulento odio antijudío”.

La tibieza con que Magill, al igual que Gay, respondió a las incisivas preguntas de la republicana Elise Stefanik, confesa trumpista y vehículo de teorías conspiradoras como la del Gran Reemplazo (que sostiene que los estadounidenses y europeos blancos están siendo “reemplazados” por inmigrantes), determinó su final. En un minuto de oro que se volvió viral, de las más de cinco horas de sesión, Stefanik azuzó a las rectoras preguntándoles si los llamamientos al genocidio de judíos creados en algunas protestas violaban el código de conducta de la

universidad. “Depende del contexto”, contestaron Magill y Gay, subrayando la obligación constitucional de preservar el debate de ideas y la libre expresión. Las dos habían sido entrenadas por un importante bufete y se enfrentaron a la comisión como si se tratara de un juicio, no de una comparecencia supuestamente informativa. “No mostraron emoción ni angustia, y se limitaron a responder como si fuera un examen de matemáticas”, criticó el representante demócrata Steve Cohen, judío progresista. Sus respuestas, tendentes a no comprometerlas, alimentaron aún más la bronca y ambas se vieron obligadas a rectificar un día después, asegurando que cualquiera que invoque la violencia tendrá que responder de ello. Dos días más tarde, Magill renunció.

La republicana Stefanik afirmó que su dimisión es “solo el principio”, y que la siguiente será Gay. “Esta dimisión forzada de la rectora de Penn es lo mínimo que se puede exigir”, publicó en X (antes Twitter). A Magill también se le echó en cara haber permitido la celebración en septiembre —días antes del ataque de Hamás que desencadenó la guerra— de un festival de literatura palestina.